
INTRODUCCIÓN DEL COORDINADOR

Evodio Escalante

Cuentista, novelista, dramaturgo, periodista, guionista de cine, ensayista, teórico de la política, filósofo autodidacto, José Revueltas representa en América Latina acaso el ejemplo mejor logrado de que los caminos de la disidencia política y de la literatura no necesariamente se contraponen. Marxista comprometido y miembro del Partido Comunista desde los primeros años de su juventud, Revueltas es todo lo contrario del escritor conformista al que le basta saber que la literatura ha de subordinarse ante las tareas que le impone la Gran Política. Aunque no sin contradicciones ni altibajos, su escritura, lúcida e implacable, no quiere limitarse a *reflejar* la praxis política de su tiempo: también intenta separarse de ella para erigir un testimonio de un profundo valor autocrítico. Lo consigue con creces. *Los días terrenales*, novela que la izquierda de la época condenó de manera unánime por su parentesco con el existencialismo, es en realidad una denuncia de las prácticas y del clima mental propiciados por el estalinismo al interior del aparato partidario. De aquí el rechazo feroz que suscitó este texto entre la izquierda «bien pensante». Pero Revueltas no se equivocaba. De hecho, se adelantaba a su modo, y desde el prisma de su propia experiencia, a la denuncia de los crímenes de Stalin y del llamado «culto a la personalidad» que hiciera Nikita Jruschov en su *Informe secreto* al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, celebrado siete años más tarde en 1956.

Esta posición habrá de caracterizarlo. Salvo un período de evidente reflujo, propiciado por la severa reprimenda a que se le sometió por la publicación de la novela antes mencionada, y que lo obligó a someterse a una pública «autocrítica» (semejante, como señaló un articulista, a la que en la Unión Soviética había protagonizado el compositor Dimitri Shostakovitch), la obra y el pensamiento de Revueltas son los de un marxista inconforme, enemigo del dogmatismo, que advierte las deformaciones que se derivan de la intromisión de la *razón de Estado* en los ámbitos de la doctrina y de la acción revolucionarias. En su lucha

contra el estalinismo y sus consecuencias, Revueltas reconocía en su «Carta de Budapest a los escritores comunistas» (1957): «La situación de los escritores comunistas llegó a convertirse... en la situación más insólita que nadie pueda imaginarse. Los escritores comunistas estábamos en el riesgo de convertirnos en los escritores más atrasados entre todos los escritores del mundo. En los más atrasados, más débiles, menos veraces y más oportunistas entre todos los escritores, aunque ninguno de nosotros, desde luego, hubiese querido figurar en ninguna de estas categorías. Estábamos en las tenazas de la *razón de Estado* y debíamos cargar con las consecuencias de este hecho.»¹

En una carta dirigida al filósofo y escritor Jean-Paul Sartre, con motivo de la visita de éste a Cuba a principios de 1960, Revueltas planteaba la urgencia de incorporar a los escritores latinoamericanos a la lucha contra el estalinismo, al mismo tiempo que se quejaba de la «indiferencia», el «silencio» y las «falsificaciones» que esta tarea despertaba entre nosotros. Al remitirle a Sartre una copia de su antigua «Carta de Budapest», Revueltas se definía a sí mismo como un luchador solitario que rompe lanzas en contra del estalinismo sin encontrar ninguna respuesta positiva: «hablo —decía a Sartre— de una empresa en la que yo fracasé desde el primer instante, y en la que continué aislado, solitario, en medio del mayor silencio».²

Pese a ello, Revueltas no cejó en su empeño de discutir el problema del estalinismo, en el que se resumían, según su parecer, todas las deformaciones y todas las desventuras de la idea socialista en nuestro siglo xx. Resultado de este empeño es *Los errores*, novela en la que retoma y amplía las críticas al estalinismo que ya estaban contenidas en *Los días terrenales*, aunque incorporando esta vez de manera directa la problemática del comunismo internacional, y en especial el asunto escalofriante de los «procesos de Moscú».

No termina aquí el itinerario disidente del escritor. Fuera ya del Partido Comunista por segunda ocasión,³ Revueltas se enfrasca en una lucha por despojar al marxismo de lo que le parecen nocivas adherencias autoritarias. Funda la Liga Leninista Espartaco, organización de la que sale poco después, e inicia una crítica del «centralismo democrático», medular principio leninista al que él opone lo que llama «democracia cognoscitiva». Al estallar el movimiento estu-

¹ José Revueltas, *Cuestionamientos e intenciones*, México, Ediciones Era, 1978, p. 75. Pese a que Revueltas comparte en este documento la versión «oficial» del comunismo soviético, que calificó de «contrarrevolucionaria» a la insurrección húngara de 1956, es evidente que sus posiciones constituyen una denuncia de las prácticas amañadas propiciadas por el estalinismo y sus secuelas dentro del movimiento comunista mundial. En 1964, al publicar *Los errores*, Revueltas habrá de calzar la siguiente dedicatoria: «A Imre Nagy, el gran luchador húngaro».

² José Revueltas, «Carta a Jean-Paul Sartre», *Las evocaciones requeridas*, II, México, Ediciones Era, 1987.

³ Revueltas había sido expulsado del partido en 1943, reingresó en 1956 y volvió a salir de él en 1960.

diantil de 1968, que habría de culminar de manera sangrienta con la matanza de Tlatelolco, Revueltas se incorpora a la protesta entusiasmado porque encuentra al fin los interlocutores que en vano había estado buscando. Con la represión, Revueltas, que conoció prácticamente todas las cárceles de la Revolución «hecha gobierno», es conducido de nuevo a la prisión de Lecumberri. Ahí escribe algunos de los textos más notables de su última época: la novela corta *El apando*, su *Dialéctica de la conciencia* (obra que se encamina, según Henri Lefevre, por una senda semejante a la que siguieron los integrantes de la escuela de Frankfurt) y algunos textos en los que maneja, muy alejado ya de las teorías leninistas, tesis de tipo «autogestionario».

Adentrarse en el mundo de Revueltas, y en particular en el que emerge de la lectura de *Los días terrenales*, significa entrar en contacto con el ámbito conflictivo de la militancia revolucionaria. Significa acceder a un orden desgarrado, en el que luchan sin darse cuartel la lucidez y el dogmatismo, el honesto compromiso del combatiente y el discurso esquemático de quienes viven el comunismo como santones de una nueva Iglesia que nunca se equivoca. Significa participar, de algún modo –no hay duda de que éste es uno de los objetivos que se propuso el narrador–, en un proceso que todavía no ha terminado y sobre el cual no puede decirse la última palabra: el de la recepción del comunismo en América Latina, vivido a partir de la fundación de los partidos que llevan este nombre.

Imposible no destacar una «lectura política» de la novela. Encaminados a documentar y explorar este aspecto fundamental, los textos del Coordinador y de Théophile Kouï establecen la circunstancia y génesis de la novela y subrayan la vinculación del escritor con la oposición de izquierda, así como los probables vínculos, no importa si más o menos inconscientes, de José Revueltas con el trotskismo, corriente estigmatizada dentro del comunismo oficial, pero que significaba acaso el más evidente polo del antiestalinismo al exterior de la Unión Soviética. Los destinos de la obra, su «recepción» por los comunistas mexicanos de los años cincuenta y sobre todo por los influyentes «compañeros de ruta» del Partido Popular que había fundado Vicente Lombardo Toledano, están minuciosamente documentados. Se destaca, en ambos trabajos, la manera en que Revueltas sorteó los escollos que representaba atenerse a los dictados del llamado *realismo socialista*, y cómo, al rescatar las posibilidades críticas de la novela, fue capaz de inscribir su obra en los territorios radicales de la disidencia.

Florence Olivier traslada la polémica ideológica que sostiene el autor con sus camaradas comunistas al espacio cerrado de la novela. Demuestra de qué forma los personajes de *Los días terrenales* son los términos de un debate que acaso no se puede dar en la realidad y que por eso ha de ubicarse dentro de la trama de una ficción novelesca, todavía mejor, al interior de la conciencia del narrador. El tema de este debate es la alienación, asumida de forma positiva –esto quiere decir, de manera inconsciente– por Fidel, el cura rojo del comunismo, y rechazada por parte

de Gregorio y de los personajes que resuenan con él. La novela resulta ser así «un debate en torno a la alienación cuyos términos vienen a ser los personajes».

Si todavía en *El luto humano*, como señala Florence Olivier, el relato estaba predeterminado por un narrador-autor que se entrometía de manera constante con el fin de «sujetar» el sentido del texto, para «corregirlo», para eliminar las posibles «desviaciones» de la lectura, en *Los días terrenales* lo que aparece es una dirección. El autor adopta la función de un escenógrafo-director cuya misión es mostrarnos, en todo momento, la tensión que se establece entre el dogmatismo y la conciencia, entre la alienación y las fuerzas que luchan por sobrepasarla. No es extraño que en este contexto Florence Olivier encuentre que el concepto sartreano de la «mala fe» puede ser aplicado para describir la conducta de los personajes. Se trata sin duda de un hallazgo iluminador que permite advertir en cada caso concreto la manifestación de un concepto más general y, en este sentido, más filosófico. La «mala fe» de Sartre y la categoría de la alienación (tan cara a la tradición hegeliano-marxista, a la que pertenece el autor) congenian en el estimulante análisis de Florence Olivier.

Además de explorar los recursos narrativos (el uso permanente de la «focalización interna», por mencionar un ejemplo) y la sabia estructuración de la narración en una alternancia de escenas exteriores e interiores, a la manera característica de los guiones de cine, el trabajo de Florence Olivier señala el peculiar *impasse* en que se coloca la novela. Exige, por sí misma, el debate público, pero al mismo tiempo revela que no está en condiciones de establecerlo. *Los días terrenales* resulta ser así un libro «huérfano», un libro «desprotegido». Todo el debate se da en la soledad de la conciencia. Éste aparece y se desarrolla dentro de la conciencia de Gregorio, o dentro de las conciencias de los personajes en los que alienta un eco de su palabra, pero nunca pasa al terreno de los hechos, nunca se vuelve un acto público en el que participen efectivamente los otros personajes. Por eso, cuando en las páginas de *El Popular* y de otros periódicos se suscita el debate que la novela parecía estar solicitando, Revueltas se muestra incapaz de sostenerlo. Admite, como se sabe, sus «desviaciones» de la ortodoxia y anuncia su decisión de retirar la novela de la circulación. Su «autocrítica» concluye con el mutismo.

Edith Negrín revisa las principales lecturas que se reflejan en la textura de *Los días terrenales*. Es el suyo un intento de establecer las más notables conexiones intertextuales de la novela, con el fin de detectar cuáles son los libros que están en el trasfondo alimentando la escritura del autor. Chestov, cuyo libro *Las revelaciones de la muerte* fue en opinión de la ensayista el «más decisivo en la conformación filosófica de Revueltas», Pascal, Mauriac, José Alvarado, Engels y Koestler, conforman el prisma intertextual que nos ofrece Edith Negrín. Interesante guía de lecturas que puede permitirnos una mejor comprensión de una literatura como la de Revueltas, muy surgida de la tradición marxista, pero

que no rechaza otras lecturas, así se trate de filósofos como Blas Pascal o de novelistas católicos como Mauriac. La mención de Koestler es a todas luces inobjetable, pese a que Revueltas siempre rechazó sus posiciones por parecerle que eran las de un renegado, las de un desertor que critica desde afuera los errores del comunismo, y no desde dentro, sin renunciar a su compromiso de militante, que es como siempre trató de hacerlo él.

El trabajo de Marta Portal completa de paso el tejido intertextual de *Los días terrenales* al evocar los nombres de Camus y de Pablo Neruda, y al referir las resonancias que el texto bíblico y muy en especial el Apocalipsis adquieren al interior de la novela. Emparenta a Revueltas con los grandes innovadores de la literatura de nuestro siglo, como lo son Joyce, Virginia Woolf y Faulkner, al tiempo que nos introduce en una lectura mítica del texto, indispensable si se quieren subrayar las estructuras de la redención que permanecen en su trasfondo. La novela, en efecto, responde a estas estructuras. La noche original con la que arranca la narración es el espacio propicio para la «iniciación» del personaje, que se ha apartado de los demás sumido en esa crisis de identidad de la que habrá de surgir renovado, conocedor y dueño de su destino. Obligado a ser, esto es, a autoengendrarse en el decurso del relato, el protagonista pasa por una serie de «pruebas», accede a una «revelación» y acaba por «asumir» su propia verdad, una verdad antiheroica, sorda, que se escenifica en el interior de la conciencia antes que desplegarse en los resplandores del campo de batalla.

Lo heroico, dice Marta Portal, «es algo embebido en la vida misma», y este tratamiento moderno de la heroicidad lo han interpretado de preferencia figuras femeninas. Gregorio se ubica en esta tesitura. Quizá por esto la epifanía de su propio ser no se da en un escenario, en el espacio vertiginoso de la acción, en la convivencia con otros, con los otros (Heidegger mencionaría la estructura del «ser con») sino antes bien en la soledad de la conciencia, en el cubo negro sin interlocutores del capítulo final, es decir, en la *interiorización* del discurso. Es ahí, de hecho, donde se prueba la verdad de Gregorio, incluida la radical falta de verdad. Esta falta de verdad que constituye para él una suerte de clarividencia: en el vértigo de este abismo ha querido encontrar el personaje su forma de existir en el mundo.

Théophile Kouï, Florence Olivier y Edith Negrín han escrito tesis de doctorado sobre la obra de José Revueltas. Kouï enseña en la Universidad de Abidjan (Costa de Marfil), Florence Olivier en el Instituto Francés de América Latina de México y Edith Negrín trabaja para el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Marta Portal enseña en la Universidad Complutense de Madrid. Ha escrito *Proceso narrativo de la Revolución Mexicana* (1977), *Análisis semiológico de Pedro Páramo* (1981), *Rulfo: dinámica de la violencia* (1984) y preparó una edición crítica de *Los de abajo* de Mariano Azuela (1980).

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN: la segunda edición de *Los días terrenales* ha coincidido con la segunda edición de la totalidad de los 28 títulos publicados por la Colección Archivos hasta la fecha. Ella ostenta, entonces, la ampliación de algunas rúbricas y la inclusión de nuevas que, desde un punto de vista documental, Archivos desarrolló posteriormente a la primera edición de nuestro libro. Se pudieron reproducir así todos los textos de la famosa polémica; se reunió un dossier de recepción crítica que ayuda al usuario, proporcionando luces adicionales al *corpus* crítico de la edición; se dan a conocer la opinión y las reflexiones del autor sobre esta obra; se agregaron nuevos facsimilares de manuscritos, y se le otorgó, también, un lugar especial a las consideraciones que deseó entregarnos la hija del escritor, nuestra apreciada colega Andrea Revueltas, quien tuvo a su cargo la preparación del texto de la novela, junto con Philippe Cheron. Desde luego, se corrigieron las erratas que se habían deslizado en la primera edición, sobre todo en la española, ya que la mexicana pudo ser enmendada a nuestro cuidado. Como ha ocurrido con los otros títulos de la Colección, pensamos que esta segunda edición amplía, fortalece y actualiza nuestro planteamiento de origen.